

Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Mazzantini, Minuto y Bombita.)



—Así vamos á tener que hacer el paseo mañana, si Dios quiere.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Resurrexit, por Eduardo Bustillo.—La cruz de la verdad, por Emilio S. Pastor.—Miniatura, por Sinesio Delgado.—A la joven del lunar, por Juan Pérez Zúñiga.—A los bilbilitanos, por Calixto Navarro.—Chismes y cuentos.—Palique (correspondencia particular), por Clarín.
GRABADOS: Instantáneas: Mazzantini, Minuto y Bombita.—La cruz de la verdad (cuatro viñetas).—Actualidades (cuatro viñetas).—La afición, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Entre los aficionados á los placeres hípicos reina estos días cierto júbilo, porque se aproxima la época en que van á celebrarse las tan distinguidas carreras de caballos.

Parecía natural que todos estuviésemos tristes con motivo de la pasión y muerte del Señor; pero no es así, y muchas personas

sinceramente cristianas se ocupan hoy en visitar á sus pencos cariñosos y no asisten á los sermones ni se entregan á los ejercicios del culto.

La marquesa del Peine decía ayer:

—Si no ganamos la carrera de *Consolación* vamos á tener un disgusto horrible. Mi esposo está preocupadísimo.

—¿Va á correr?—preguntábale un pollo tísico, que usa en vez de cuello el pañal de la camisa.

—Si, corre todos los años, y es tal su pasión por este sport, que lleva ocho días metido en la cuadra; allí duerme, allí se afeita, allí come...

—Es natural.

—Para él no hay en el mundo nada mas interesante que las caballerías mayores.

El amor á los pencos produce verdaderas perturbaciones cerebrales.

Hay quien no tiene más ilusión en la tierra que la de ganar un premio, y antes de ver enferma á una jaca, desearía que le saliese á su señora un tumor maligno ó que se le desgraciara el fruto de su vientre.

Tengo yo un amigo que vive esclavo de una yegua, y por ella dejó sus relaciones con una chica preciosa á quien había dado palabra de casamiento.

—Tú nunca estás á mi lado; tú me abandonas por ese animal tordo.—había dicho la chica.—Pues bien, ó la yegua ó yo.

—La yegua—contestó mi amigo sin vacilar.

Y desde aquel día redobló sus atenciones con la yegua, hasta el punto de alimentarla con bizcochos y obsequiarla todas las tardes con un vaso de agua con azucarillo.

Digan lo que quieran los hípicos, las carreras de caballos no se aclimatan aquí.

La gente distinguida goza con el espectáculo, y acude al hipódromo á lucir trajes y á comer pasteles de *foie-gras*; pero los españoles netos aman los toros sobre todas las cosas, y ni visitan el hipódromo ni saben cuál es la cuadra de moda.

Para ellos vale más una verónica del *Guerrita* que todos los caballos habidos y por haber, y cuando se les dice que un *jockey* se ha roto cinco costillas, exclaman con el mayor desprecio:

—¡Bah! Eso no es romperse costillas ni romperse nada. Para caída la del *Besugo*, el picador, que sólo una tarde se rompió cuatro clavículas, en un momento, y le dieron la unción en el corral de caballos, junto á la tinaja.

Desde que los toros ofrecen el incentivo de las cogidas peligrosas, ha vuelto á despertarse el entusiasmo entre la «afición».

La última cornada de que «fué objeto» el joven *Picalimas* excitó la curiosidad pública, y muchas personas que vivían alejadas del ruedo taurino vuelven á sentirse predispuestas en favor de los toros y asisten á la plaza para ver si hay *hule* como se dice ahora.

—Pues yo me había cortado la coleta como aficionado—me decía uno,—pero desde que los toros «pegan» me he vuelto á abonar.

—¿Y qué le ha pasado al *Gorrion* la penúltima novillada?

—¡Psh! Poca cosa: un puntazo con rotura de los tejidos y una hemorragia interna de tercera clase. Eso es tener muy poca vergüenza torera, porque cuando un hombre se deja coger, debe sufrir las consecuencias como Dios manda.

Días pasados, cuando ocurrió la cogida del *Salmonete*, comenzaron á circular noticias estupendas.

—Tiene destrozada toda la región abdominal y se le sale el hígado por un boquete—decía uno.

—En el redondel—decía otro—ha aparecido medio bazo del joven matador.

—Acabo de verle yo—añadía un tercero.—Está en la cama, con los ojos cerrados, y tiene las tripas sobre la mesa de noche, envueltas en un periódico.

En fin, cada cual inventaba una noticia terrible, y hubo quien fué oficiosamente á la parroquia y dijo:

—¡Eh! Sacristán, avise usted al señor cura para que le lleve la Extremaunción al pobre *Salmonete*, que está dando las boqueadas.

Este año la temporada taurina se presenta bien. Hay animación en el público, celo en la empresa, propósitos terribles de parte de los toros, y el deseo manifestado por los toreros de dejarse coger para proporcionar emociones á los aficionados. De manera que se ha hecho un buen abono.

Ahora sólo falta que los toreros se vuelvan atrás, para que tengan que decir los espectadores con el rostro compungido:

—No me hable usted de la corrida de hoy. ¡Qué sosera! ¡Qué aburrimiento! ¡Querrá usted creer que no ha habido ni una mala cogida?

Para concluir, diré á ustedes que Pascual Millán, el distinguido escritor, ha publicado una originalísima novela titulada *González Pérez y Compañía*, en la que se desarrolla el tema del socialismo con una discreción y una habilidad superiores á todo encarecimiento. Yo me he leído la obra de un tirón, y puedo asegurar que he hallado en sus páginas muchas y muy buenas cosas.

También ha llegado á mis manos un libro del joven poeta Alfredo López Álvarez, titulado *Bromas ligeras*, colección escogida de composiciones en verso, con un *prologo* de Ramos Carrión y un *epilogo* de Mariano Pina.

El joven poeta escribe con mucha gracia y versifica con pasmosa facilidad.

La juventud se impone, créalo usted, Sr. Sagasta; hay que ir dejando el puesto á la generación que viene.

Luis Taboada.

*

Resurrexit.

Sombras del gran *Pepe-Hillo*, de Montes y el *Chiclanero*, que aún sois, entre *sol* y *sombra*, limpias glorias del toreo, pues para matar los bichos á veinte duros por cuerno, valisteis lo que hoy no valen los que los cobran á ciento: venid á ver los carteles que se usan en estos tiempos de los ricos jubilados *Lagartijos* y *Frascuolos*.

Resurrexit lo taurino con ciclones de *Noherléoom*, limpio cartel á dos tintas se fijó á los cuatro vientos; llamóse á los abonados con destapados cencerros, y, como aquel de *Chironi* no asusta ya á los *maestros*, para ver á Luis *tirándose* y á Fernando dar el *quiebro*, la *afición* impenitente fué á renovar y... ¡*laus Deo!*...

Fué prolongándose el plazo para los abonos nuevos, cuando los ya envejecidos se daban casi por muertos.

Ni hubo cola en el despacho, ni *pegaba*, por su puesto, porque ya no acuden *puntos* donde se huelen el *pego*.

¿Reclamo? El de autoridades en la Ópera y en el *Verso*, y en Zarzuela, *grande ó chica*, y en los Circos, y en los *ruedos*.

Minuto será hora entera sin tocarle un relojero; *Bombita*, si al fin estalla, dará que hablar á un *berrendo*.

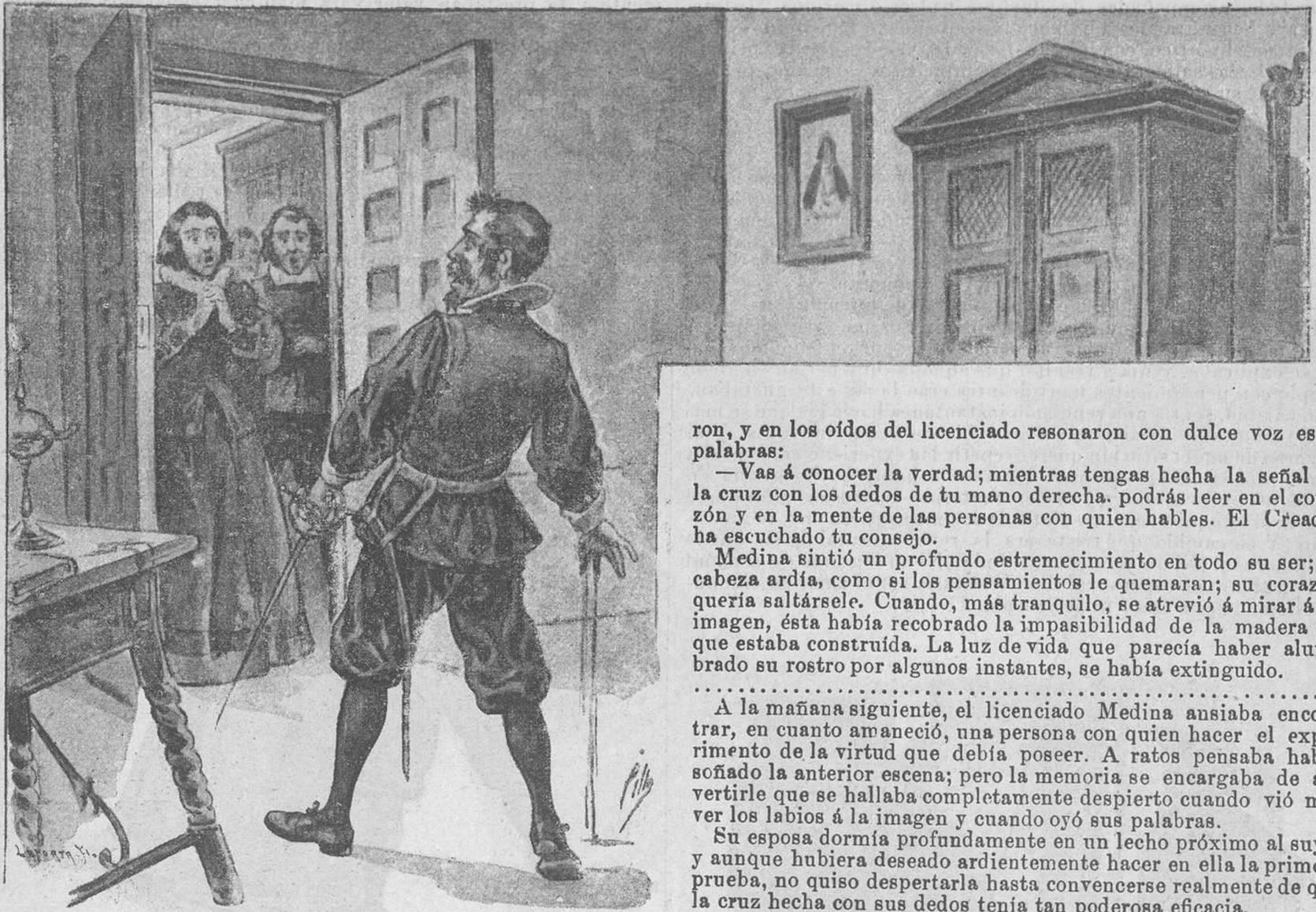
Los otros diminutivos del cartel harán portentos... Pero ¿dónde está un *Guerrita* que excite en Luis lo guerrero?

Plaza *romperán* (á coces) los buñuelos de Bañuelos; cabestros saldrán por toros ó toros como cabestros.

Y mientras en las Ermitas hace Rafael sus rezos, y allá, por Torrelodones, mata Salvador conejos,

venid, sombras venerandas de Montes y el *Chiclanero*; que aquí va á haber muchas *brongas*, de esas que encienden el pelo.

Eduardo Bustillo.



La cruz de la verdad.

CUENTO

El licenciado Medina era un santo varón por sus costumbres públicas y privadas; había cursado ambos derechos en la célebre universidad de Salamanca, y después de terminados sus estudios, contrajo matrimonio con una bellísima joven de dicha ciudad, donde, con tal motivo, decidió establecerse.

A nadie se le hubiera ocurrido poner en duda la fe viva del licenciado en materias religiosas, y sin embargo, es lo cierto que en el seno de la amistad, cuando la conversación se animaba y se refería á asuntos de tejas arriba, solía verter algunas ideas no siempre ortodoxas, produciendo espanto y lástima en algunos de sus más escrupulosos contertulios.

Una noche, después de haber pasado al estómago sendas jícaras de soconusco él y sus habituales amigos en la casa de uno de éstos, la discusión, á que siempre se entregaban, versó acerca de la maldad del mundo. La corrupción de la época (en todas las épocas han creído muchas personas que la suya era la más corrompida) se atribuyó al imperio de la mentira, al hábito de engañarse hombres y mujeres en todos los asuntos de la vida, al empeño que todos formaban en ocultar su pensamiento, y sobre todo, al fingimiento de afectos é intenciones que suele emplear el hombre en el trato con sus semejantes.

Medina, en la exaltación del debate, llegó á decir con el más imperturbable aplomo:

—Lo que Dios debió haber hecho, en mi concepto, es poner al descubierto la mente y el corazón del hombre; sepamos todos lo que pensamos y sentimos, y otra será la suerte del mundo; entonces reinaría la verdad.

Las últimas palabras de la atrevida frase las dijo ya con entrecortado acento el licenciado Medina, porque alguno de sus timoratos oyentes comenzó á persignarse con rapidez, haciendo cuarenta cruces por segundo, y los demás manifestaban en su semblante el terror que tan atrevida proposición les había causado.

—¡Corregir á Dios en la obra de la creación!—exclamó un canónigo con insidiosa sonrisa.

Cuando el licenciado volvió á su casa, las palabras irónicas del canónigo le habían causado impresión tal, que en vez de reflexionar, no quiso más que arrodillarse frente á un Santo Cristo que había en la pared, junto á su cama, y pedir perdón al Altísimo por la soberbia de sus pensamientos.

Algunos minutos llevaba procurando excitar su atrición, cuando la mirada del Cristo ante quien oraba pareció cobrar vida y animarse repentinamente. Los labios de la imagen se entreabrie-

ron, y en los oídos del licenciado resonaron con dulce voz estas palabras:

—Vas á conocer la verdad; mientras tengas hecha la señal de la cruz con los dedos de tu mano derecha, podrás leer en el corazón y en la mente de las personas con quien hables. El Creador ha escuchado tu consejo.

Medina sintió un profundo estremecimiento en todo su ser; su cabeza ardía, como si los pensamientos le quemaran; su corazón quería saltársele. Cuando, más tranquilo, se atrevió á mirar á la imagen, ésta había recobrado la impassibilidad de la madera de que estaba construída. La luz de vida que parecía haber alumbrado su rostro por algunos instantes, se había extinguido.

A la mañana siguiente, el licenciado Medina ansiaba encontrar, en cuanto amaneció, una persona con quien hacer el experimento de la virtud que debía poseer. A ratos pensaba haber soñado la anterior escena; pero la memoria se encargaba de advertirle que se hallaba completamente despierto cuando vió mover los labios á la imagen y cuando oyó sus palabras.

Su esposa dormía profundamente en un lecho próximo al suyo, y aunque hubiera deseado ardientemente hacer en ella la primera prueba, no quiso despertarla hasta convencerse realmente de que la cruz hecha con sus dedos tenía tan poderosa eficacia.

Al sentirle moverse por las habitaciones, un criado acudió solícito preguntándole si se había puesto malo.—Hé aquí un servidor cariñoso,—se dijo;—veamos si me engaña—y ocultando la mano entre los pliegues del calzón, cruzó el dedo pulgar y el índice.

Un espectáculo extraño se ofreció á sus ojos; la frente del criado se transparentaba como si fuera de cristal, y en su superficie se dibujaban y desaparecían como relámpagos rojos letreros que apenas tenía tiempo de leer el licenciado por la vertiginosa precipitación con que unos se sustituían á otros.

Medina vió bastante, sin embargo.

En aquella confusión pudo distinguir varias frases:

—¡Qué impertinencia! ¡Levantarse tan temprano!

—¡Pronto empieza á dar guerra el señor.

—Aquí no se tiene consideración con nadie.



El licenciado se sonrió tristemente al tiempo que sentía una grandísima alegría, considerando que ya no había sobre la tierra quien pudiera engañarle.

Resuelto á hacer nuevas experiencias, salió á la calle y se dirigió á la catedral; á aquella hora iban á misa muchas bellísimas

mujeres: unas por hablar con sus galanes, otras por pura devoción, todas acompañadas de dueñas, padres ó maridos. Medina pensaba hacer grandes adivinaciones en el sexo femenino.

Fijo en el pórtico, con la cruz formada, vió desfilas las principales bellezas salmantinas y leyó sus propósitos, lo mismo que los afectos de su corazón.

—¡Qué tonto!

—¡Qué feo!

—¡Si pensará decirme algo con esa cara!

Esto era lo que sus ojos leían con más frecuencia; pero hubo de todo, para consuelo suyo, porque no faltaron algunas que imprimían á su vista palabras halagadoras y pudo leer también pensamientos como éstos:

—Si me hiciera el amor, no le resistiría.

—Es tan simpático, que le sería fiel eternamente.

—Si se quedase viudo, me casaría con él de buena gana.

Este espectáculo, que en un principio le pareció divertidísimo á Medina, empezó muy pronto á entristecerle; por un fenómeno que no se explicaba, venía á resultar que aquéllas que herían su amor propio con pensamientos mortificantes eran las que le gustaban, y en cambio, sentía una repulsión instantánea hacia las que se manifestaban tan bien dispuestas á recibir sus requerimientos. Y al alejarse de aquel sitio sin querer repetir las experiencias, pensaba que el procedimiento de que el Señor le había hecho gracia no tenía uso ni ventaja alguna en materias amorosas. ¿Para qué quería él la aquiescencia súbita de las mujeres que no le gustaban? ¡Y en cambio, qué triste era la repulsa brutal de las que le enamoraban! ¡Ni un momento de duda! ¡Ni un segundo de ilusión! ¡Ni un átomo de esperanza! ¡Bonito estaría así el amor en el mundo! Eso no sería amor ni sería nada.



Amargado con este desencanto, volvió á su casa, donde le esperaba su hijo, estudiante de latín, para pedirle dinero, que era su salud diario. El mozo llevaba una vida poco edificante y era capaz, si no le iban á la mano, de disipar la más sólida fortuna. Medina, en vez de dinero, echó á su hijo una reprimenda elocuente llena de reflexiones morales y de preceptos evangélicos, encaminados todos á demostrar que cuando se está en el comienzo de la vida lo primero es el estudio, que para gastar dinero y holgar queda luego tiempo de sobra.

Para apreciar el efecto de aquellos consejos, Medina hizo la señal de la cruz y quedó aterrado: en el remolino de pensamientos que cruzaban por la mente de su hijo, empujándose, atropellándose unos á otros, había leído distintamente:

—Cuando herede no tendré necesidad de pedir dinero ni de escuchar sermones.

Nada hay comparable á la amargura que sintió aquel padre en su alma: conteniendo los sollozos abandonó la habitación, rechazando el consuelo que su claro entendimiento le ofrecía, porque aquello era un pensamiento malo, pero un pensamiento nada más; á los labios de su hijo no hubiera salido nunca, ni en su voluntad habría hallado acogida una idea que producía la exaltación de un momento y que la conciencia condenaría siempre.

Indudablemente el conocimiento de los pensamientos ajenos era una tortura grande, que no tenía la compensación de proporcionar la utilidad más pequeña; pero aún le faltaba la última prueba: su esposa, alarmada por el sobresalto que indicaba el rostro del infeliz licenciado, le dirigió una porción de preguntas acerca de las causas que habían podido producir perturbación semejante.

La curiosidad más terrible aguijoneaba en aquellos momentos á Medina; los dedos índice y pulgar de su mano derecha tendían á cruzarse, como si una fuerza superior les impulsase á ello. Los

recuerdos de cuanto le acababa de suceder no se apartaban de su mente y le prestaban valor para mantener separados aquellos dedos que, al juntarse, podrían formar la cruz que debía colocar sobre la tumba de su felicidad, perdida en un segundo.

—¿Será fiel? ¿Me amará?—eran las preguntas que en su mente se imponían sobre el cúmulo de reflexiones que en aquellos momentos le acudían al cerebro, y él mismo se respondía:—Si contesta afirmativamente, nada sé de nuevo; si en su corazón leo un no, ¡qué porvenir tan horrible!

Pero la curiosidad es muy poderosa y batallaba honrosamente contra todos los consejos de la razón, contra todos los recuerdos y contra todos los temores. La lucha era espantosa; con los ojos desencajados y la mirada fija, con el semblante amarillo y los dedos crispados como si pretendiera hacerles perder su flexibilidad, á Medina parecía faltarle por momentos la razón.



De repente la voluntad hizo un esfuerzo poderoso, el licenciado logró desasirse de los brazos de su esposa y corrió como un loco furioso por todas las habitaciones, seguido de su familia y criados, solrecogidos de temor.

Por fin logró encerrarse sólo en un cuarto; mientras se intentaba descerrajar la puerta sonó dentro un fuerte golpe acompañado de un ¡ay! ronco y lastimero.

Después el mismo licenciado abrió la puerta, y se ofreció á la vista de las personas que habían acudido un horrible espectáculo.

Medina mostraba la mano derecha toda ensangrentada, los dedos pulgar é índice colgaban aún, cortados casi de raíz, y de las heridas brotaban dos gruesos caños de sangre. En la mano izquierda tenía el licenciado la espada desnuda, ensangrentada también, como la mesa, que había servido de tajo para esta horrible amputación.

Algunas semanas después Medina ingresaba en una casa de Orates. Su locura era pacífica; no causaba mal á nadie, permanecía pensativo muchas horas y sólo desplegaba sus labios para exclamar como resultado de sus largas reflexiones:

—¡Qué horrible sería la vida sin la ilusión y la fe!

Emilio S. Pastor.

MINIATURA

Tocando el violín junto á una esquina, con la bandeja al pie, que nieve ó llueva, se gana un pobre ciego lo preciso para alargar la mísera existencia.

En estos días de aflicción y luto en que la cristiandad ora y pasea, vales y polkas le prohíbe al ciego la santa madre Iglesia, y el violín desclavijado calla y hasta Pascuas se oculta la bandeja, que en momentos tan tristes, tan solemnes, no están bien las sonatas callejeras.

¡Ese ciego es el único que ha cumplido la dura penitencia y ha ayunado de veras, en recuerdo del drama sacro que salvó á la tierra! Pero el hijo de Dios no lo agradece... ¡porque ha sido á la fuerza!

Sinecio Delgado

Actualidades.



—Pues, diga lo que quiera mi hermana, todavía me está bien el traje de Cuaresma del año pasado.

—Tiene trazas de melón, mas si le puedo atrapar, no es mal modo de acabar la semana de Pasión.



—Tú dirás lo que quieras, porque eres ateo, pero á mí me gusta correr las estaciones, aunque no sea más que por el mujerío...



Para quitar el mal sabor de las espinacas.

Á LA JOVEN DEL LUNAR

Niña la del lunar peludo y breve
que colocó Natura
al norte de tu pecho (que es de nieve
más bien que por lo blanco
por lo que se derrite). No soy manco
y le quiero escribir ¡oh Laura pural
cositas al lunar. De varios modos
se las han dicho los poetas todos,
desde Homero, que ya lo presentía,
y Fray Luis de Granada,
que también se lo olía,
hasta el hijo del juez de Valdecaños,
que aún no tiene dos años
y cuando quiere teta
le dispara á su madre una quarteta.

¿Y yo voy á ser menos que otros vates
que han hartado al lunar de disparates?
¡Quiero cantarlo, sí! Catorce pelos
tiene dentro del radio el lunarcito
y tres en las afueras, que entre velos
ofrecen un aspecto muy bonito.

¡Pobre musa la mía (1)
que no puede volar! Otros autores
todo un poema del lunar han hecho,
llamándole en su ardiente fantasía
«una coma estampada en papel blanco»
ó «un dije natural que adorna el pecho».

Yo los quiero imitar; pero me atranco.
Porque el lunar, soy franco,
me parece un estorbo, que no *encaja*
en el sitio en que está, y aunque no quieras
pide á voces que le echen la navaja,
porque no son bastante las tijeras.

¿Cómo? ¿Tuerces el gesto
al ver que con mis coplas te molesto?
Pues de veras me apuro
viendo que lo hago mal; te lo aseguro.
Mas ¿por qué he de apurarme, Laura bella,
si ahora recuerdo yo que tu doncella
me contó antes de ayer que el tal hechizo
es un lunar postizo?

¿No es cierto, dí, que en cuanto nace el día
le das goma al lunar y te lo pones?
Pues aguanta mis versos, Laura mía,
que al fin son de verdad, aunque pelones.

No digas, no, para volverme loco,
que mis versos no han sido de tu agrado.
¡Para un lunar de veras son muy poco!
¡Para un lunar de pega, demasiado!

Juan Pérez Juniga.

Á LOS BILBILITANOS

Que sois mozos de salero
se ve bien claro en la carta
que habéis escrito al ilustre
Bretón, repleta de gracia,
leída por Justo Blasco,
ó más pronto recitada
con la sal y la pimienta
del que sabe lo que trata.
Yo, que comí los bizcochos
mejor que si fuesen *magras*,
desde el día del banquete
tengo un nudo en la garganta,
y no por vuestra remesa,
que era de muy fina pasta,
sino de orgullo y de... vamos...
así de una cosa rara,
mezcla de alegría y pena,
conjunto de risa y lágrimas:
oir las sentidas frases
que impresionaron el alma;
ver á Bretón conmovido,
y en la confusa algazara
de vítores y de aplausos,
sonar de pronto en la sala
los acordes de esa jota
que enardece y entusiasma
y cuyo canto querido
repercute en toda España.

¡Ese es el himno de un pueblo
cuando á la lucha se lanza
y á su compás no hay derrotas
posibles para la patria!
¿Sentís no tener recursos
para levantar estatuas,
cuando eleva monumentos
de gloria vuestra rondalla
con la musa callejera,
y á dos ingenios da fama?
Dolores, vuestra Dolores,
sin más que ser chica guapa,
ya tiene en el extranjero
sitio honroso y justa fama,
y allí donde vuestros vinos
injustamente rechazan,
con una *copla* por base
el arte español proclaman.
Yo también, bilbilitanos,
gozo y disfruto á mis anchas,
porque nacido en un pueblo
que Zaragoza se llama,
esa jota que hoy se aplaude
meció mi cuna en la infancia.
¡Viva Aragón! es el grito
que de mi pecho se escapa,
y muy ricos los bizcochos,
¡muy ricos!... y muchas gracias.

Calixto Navarro.

(1) No es del verbo lamer.



CHISMES Y CUENTOS

Si quieres que te adore,
morena mía,
niégame casi siempre
lo que te pida,
¡para que pruebe
el placer de robarte
lo que me niegues!

EMILIO RODRÍGUEZ PÉREZ.

Quiero ser en el juego afortunado
aunque en amores desgraciado sea,
¡que, en teniendo dinero, es muy posible
que tenga buena suerte con las hembras!

FEDERICO CANALEJAS.

Se ha declarado de una manera oficial la pérdida del *Reina Regente*.
La desgracia es muy grande, y no digo que debe servirnos de aviso,
porque aquí no sirve de aviso nada.

Cualquiera que con tan infausto motivo se haya fijado estos días en las
noticias de Marina habrá adquirido (como yo, y no me la quita nadie)
la convicción siguiente:

«Todo barco de guerra español que tenga que resistir un temporal, lle-
va noventa y nueve probabilidades contra una de hundirse.»

¿Que en qué la fundo?

Pues en que, como ustedes habrán podido notar, nuestros buques no
pueden hacer un viaje ni practicar un reconocimiento sin que tengan que
volver al arsenal más que á paso á que los compongan y remienden.

El crucero Tal ha entrado de arribada en tal parte por rotura de la má-
quina.

El cañonero Cual ha tenido que ser remolcado al puerto de Tal, por ha-
bersele inutilizado la hélice.

Los buques H y Z no han podido salir el día fijado por estar limpiando
sus fondos.

Los capitanes de los barcos R y S han participado al ministro que no
pueden vigilar las costas por no estar terminadas completamente las repa-
raciones necesarias...

Y esto es el pan de cada día.

Ahora díganme ustedes lo que tiene que ocurrir con esos *cascos* cuando
al mar se le hinchen las narices.

Y si no es inhumanidad manifiesta embarcar en ellos unos cuantos mi-
llares de hombres con el pretexto de que tienen que defender la patria.

¡En fin, con decir que hasta al vaporcito del Retiro se le ha roto el ti-
món y ha tenido también que entrar remolcado en el apeadero!

Está de Dios que no hemos de poder dominar las aguas.

Ni siquiera las del estanque.

Pero, en cambio, para que no todo sea malo, tenemos un ministro del
ramo con una penetración envidiable, como he tenido el honor de decir
hace dos semanas.

Porque verán ustedes cómo ha encabezado una real orden, ¡nada menos
que una real orden!

«Excmo. Sr.: El vivísimo interés que ha despertado en toda España la
suerte del crucero *Reina Regente* (fijense ustedes bien) desde el momento
de su salida de Tángier en 10 del último Marzo, revela de una manera
clara, después de todo cuanto humanamente se ha hecho para venir en co-
nocimiento de su paradero, que aquel buque y el personal de su dotación
fueron vencidos en el tremendo combate que debieron sostener con los ele-
mentos...»

Más claro, y quitando fárrago, el señor ministro dice lo siguiente:

«El vivísimo interés que ha despertado la suerte del crucero revela de
una manera clara que aquel buque y el personal de su dotación fueron ven-
cidos... etc.»

Es decir, que nuestro interés revela que se ha perdido el barco. Si no
hubiéramos demostrado interés no se sabría nada de cierto todavía.

¿Pues y aquello de:

«después de todo cuanto humanamente se ha hecho para venir en cono-
cimiento de su paradero?»

El ministro ha querido decir que se ha hecho todo lo humanamente po-
sible, pero se ha quedado con las ganas.

Porque claro es que cuanto se ha hecho ha sido humanamente. Divinamente no se ha dado un paso siquiera.

¡Dios mío! Si así se escriben las reales órdenes, ¿cómo se escribirán las revistas de toros?



Pues anda, que no he concluído todavía.

Acaba el ministro un párrafo muy sentimental de este modo:

«...en favor de las familias de los que, sepultados ya en el fondo de los mares, han dejado de ser el amparo de aquellas que los lloran, rodeadas de luto y de tristura.»

¡Tristura! ¿Y por qué no dice usted tristeza?

Eso de tristura no lo usa nadie más que los poetas cursis que tienen que cazar un consonante para *amargura* ó para *pasión impura*.



Ventajas doy al candil
sobre el sol, si considero
que éste alumbra sólo á ratos
y el candil cuando yo quiero.

BASILIO DE OLALDE.

LA AFICIÓN



—¡Y qué! ¿os vais á dejar coger muchas veces esta temporada?
—Ezo ze verá.
—Porque te advierto que si no pasa lo que el último año y cada día no caéis uno... la afición se descrazona y el arte está perdido.

Palique.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

S. D.—Permitame usted que hoy le robe yo esta sección, ó por lo menos déjeme un espacio en ella. Para las ocasiones son los amigos.

E. Bustillo.—Su crítica de *Teresa*, mi ensayo dramático, podrá parecerme más ó menos acertada, pero no es obra de la pasión, y

algunas de las advertencias de usted yo mismo las considero justas. Contra jueces así jamás hubiera yo protestado.

F. Auriolles (*El Correo*).—Gracias por su acto de valor de oponerse á la corriente gacettesca. No merezco sus elogios, pero sí la imparcialidad con que usted da cuenta de lo sucedido.

Kasabal (*Ilustración Ibérica*).—Muchas gracias por la imparcialidad con que usted cuenta los hechos. Cree usted que *Teresa* fué rechazada por el contraste que formaba aquel cuadro de miseria con las flores, la riqueza, el lujo, la alegría, los zapatos de seda, etc., etc. Es posible. Pero cuando yo escribía mi obra, ¿podía pensar en tal contraste? ¿Se escriben las comedias pensando en esas cosas? Gracias, repito, por la buena intención.

Salvador Canals.—¡Hombre! *El Diario del Teatro* viene cruel. ¿Quién me lo diría á mí cuando el día antes del estreno usted me escribía pidiéndome un retrato para publicarlo y una entrevista para lo mismo! Si yo lo negué todo, fué por modestia, ¡por horror al reclamo! El favor que usted quería hacerme, antes de tiempo, mejor lo hubiera convertido en justicia después del suceso. Pero ¿qué le hemos de hacer! Usted tomó á desaire mi negativa... y ahora me toma á mí por árbol caído... ¡y hace leña! ¡Cuidado con los retoños! ¡Oh ingrato y malaconsejado joven! Confieso que es usted algo *fin de siglo*... pero hay quien es ya *principio del que viene*. ¿Ha pensado usted bien lo que ha hecho? Yo á los tontos les perdono la fe púnica y la ingratitud; pero á los listos no. Cuando usted empezaba yo dije que era usted listo, y no me vuelvo atrás. Pero creía que además era usted bueno.

Anónimo (*Pequeñeces de El Tiempo*).—Supongo que no será usted el Sr. Silvela. Por de pronto, escribir un *Tiempo*, que no es siquiera el de Toreno, es gana de perderle. Dice usted que ni Balart ni Menéndez y Pelayo le han dicho á nadie más que á mí que les gustaba *Teresa*. M. y Pelayo se lo dijo á cuarenta personas en el saloncillo del Español. Balart se lo dijo á Urrecha, y se lo dirá á quien se lo pregunte. A no ser que usted suponga que esos señores mienten y engañan y adulan. ¡Qué lengua! Pero qué, ¿todos los de esa casa son ustedes florentinos?

Al Alfabeto crítico.—Pero ustedes ¿qué se creían? ¿que yo me iba á callar? No faltaba más! He salido á la defensa de otros (*inde ira*), y no me iba á defender á mí propio? ¿No ha sido mi tesis siempre que ustedes no eran críticos ni Cristo que lo fundó? ¿No es por eso precisamente por lo que ustedes me la tenían guardada y esperaban una ocasión?... Y ahora que quieren hacerme pagar mis artículos en pro de autores injustamente maltratados por ustedes, ¿voy yo á tener por críticos á los que jamás consideré tales? Si ustedes disparatan, con motivo de una comedia mía, ¿no he de defenderla, si en ella defienden ideas que siempre sustenté en contra de todos ustedes?

Vamos á ver: de entre toda esa plebe que salga una firma con mediano crédito en la plaza y que discuta conmigo en tesis general, en principio, las censuras que dirigen ustedes á mi obra. Porque es claro que yo no voy á discutir en concreto en este caso, sosteniendo que he escrito una cosa muy bonita. Y en cuanto á los elogios que mi *Teresa* mereció á Balart, M. y Pelayo, Echegaray, Galdós, Picón, Lucinda Simoes... si ustedes quieren documentos en que consten, los habrá. Pero creo que baste la palabra. Si no fuera que esos señores no tienen por oficio este nuestro; si fueran como *Clarín*, que pasa la vida defendiendo la estética y sus hombres á pedradas por estas callejas, ¡ya habrían ustedes oído cosas buenas á estas horas!

¿Cómo he de darme yo por vencido porque N., un experto en dramaturgia de escalera abajo, me diga «eso no es dramático», cuando un Echegaray me repite «adelante, adelante. Teresa es...» ¿Si ustedes supieran lo que Echegaray dice que es *Teresa*! ¿Que no lo creen ustedes? Pues á ver quién le hace desmentirme.

¿Que si había enemigos míos la noche del estreno? ¡Pues ya lo creo! A docenas. ¿Pues no hubo quien oyó: «Vamos á reventar á este *Clarín*!» ¿Y aquella ira de los que vociferaban? El fracaso no empezó por ahí; no.

Sin mala intención, cierta parte del público empezó á tomar por propaganda anarquista, por desafío á la clase que predominaba en el teatro, lo que no era nada más que natural exposición de un medio y de un carácter; los que traían embotellado el encono (algunos muy añejo) se aprovecharon de la equivocación, del barullo... Todo se sabe, y como todo se sabe, todo se dice.

A muchos de ustedes yo no les conozco, porque ¡quién se acuerda de tanta insignificancia! Pero ahí andarán los admiradores que consultan su primer ensayo y quieren que yo diga cuatro palabras, si puede ser, en *El Imparcial*!... Ahí andarán...

Por hoy no quiero dar más señas. Pero, si me apuran, saldrán á relucir nombres propios, historias, cartas, desaires documentados... y se habrán de ver no pocas sorpresas. Hasta recuerdos de bofetadas y cuentas corrientes.

Pero ¿ustedes creían que yo me chupo el dedo? ¿No había de contar con esto para el caso previsto de un mal éxito en el teatro? Contaba con eso; con las armas y documentos que tengo, para anular enemigos; con mi carácter; con mi modo de entender el arte que es, burla burlando, sacrificarle orgullo, amor propio, crédito, y buscar recompensa en la propia conciencia y en la aprobación de los escogidos.

«Este ya no vuelve al teatro», se habrán dicho ustedes, triunfantes. ¿Que no? ¿Por qué?

¿Porque don Perlimplín dijo que no tengo el don de las tablas? Volveré, ya lo creo; pero volveré con precaución. Primero, no volveré... á sacar ningún jergón á escena. Después, procuraré que la *lige lise* no me tome por un descamisado.

Además, si lo creo oportuno, *entraré sin que ustedes lo sepan; vivirá de incógnito, será, yo también, un X. Y. ó N.*

Y lo que importa más, aprovecharé las lecciones de la buena crítica, de los maestros mis amigos, de la experiencia. Y sin abdicar en lo que creo esencial, transigiré en lo posible con ciertas costumbres.

Y si después de todos estos y otros esfuerzos resulta que, decididamente, no sirvo para el caso, lo dejaré, convencido de que me pasa lo mismo que á L. N. S. P. B. R., autores dramáticos de oficio que tampoco saben hacer comedias.

Pero, aunque esto suceda, no me despreciaré, como me desprecia hace días Salvador Canals (*el que me quería entrevistar a priori*), y seguiré siendo crítico; y cuando hable de los malos poetas dramáticos, á la lista de R. S. N. L. B. P., añadiré... y *Clarín*.

Pero aun después de tanto vilipendio, tendré razón cuando diga que todos ustedes, en materia de letras, son unos pelagatos de antecedentes desconocidos.

A un Sr. Arpe.—¿Conque usted y yo hemos discutido? Habrá sido en alguna existencia anterior. Arpe, Arpe... ¡Ni reminiscencia á lo Platón ó á lo Novalis!

A Shaw.—Sin duda usted es persona fina, morigerada, y se me figura que en el fondo no me tiene en tan poco como Arimón; pero lo cierto es que usted aseguró que *se oía á medias*, y que usted me condenó por entero. ¡Ah! y según me han dicho, *el direttore, que estaba también en el teatro, empezó á oler que aquello era muy malo antes de levantarse el telón.*

Todo se sabe. Y todo se dice. ¡Y lo que falta! Advierto que tengo varios testigos, señor direttore.

A un amigo... á quien no pude mandar butaca.—Madrid.—Agradezco sus consejos... pero todo esto obedece á un plan. No quiero dejarme atropellar por la turba multa de escritores chirles que desde hace muchos años me aborrecen porque he procurado darles su merecido. Pienso perseguirles, uno á uno, hasta sus últimos escondites y contarlos todo y publicar *semblanzas* de muchos de ellos. ¿Qué tiene que ver ya Teresa con todo esto? De toda España recibo á docenas cartas animándome á seguir en tal empresa; si fuéramos á contar, ya son tantos los periódicos que me defienden como los que me atacan; muchas personas hablan de *fundar algo, teatro independiente, de ensayo, una revista artística* (¡si hubiera dinero!), etc., etc.

Tengo á estas horas la convicción de que va siendo muy poderosa la opinión favorable á *nuestra causa* (sea lo que quiera de mi pobre ensayo dramático); y con padrinos como algunos de los que me animan, ¡cómo ha de faltarme el valor! Además, la victoria es segura: *Blasco se ha pasado á los Arimones y Pepitines!*

A otro amigo, á quien pude enviar butaca.—Madrid.—Pues claro, hombre. Tu argumento no tiene vuelta de hoja. Los críticos dicen que *no había mala voluntad*, deseo de aplastarme; ¿cómo se explican entonces aquellos gritos de escarnio, de ira, de indignación? ¿Y cómo se explica que cierta crítica, al día siguiente, me tratara sin miramientos, sin procurar dorarme la pildora, como acababan de hacer con Blasco y suelen hacer ellos siempre que no se trate de uno de nosotros? ¿No había en mis veinte años de literatura nada que respetar? ¿No había en Teresa nada que aplaudir, ni

siquiera lo que se aplaudió en el teatro? Generalmente, suelen esos críticos distinguir, cuando se trata de fracasos, entre lo *teatral* y lo literario (distinción absurda, eso sí). ¿Por qué ahora no distinguieron? ¿Está mal escrita *Teresa*? ¿Por qué no lo han dicho? ¿Está bien? ¿Por qué no lo han dicho? ¿Por qué ni uno solo explica el argumento ni se para á demostrar *por qué* aquello es malo, y todos se contentan con dejar consignado, llenos de alegría, el *hecho* del fracaso? ¿A quién van á convencer de que no han visto con placer *esta ocasión de reventar á Clarín*, como diría un marqués ex-literato?

Al ex-dragón.—No tengo suelto.

A *los Cortes*.—¡Pero esa ley de vagos!

A Tarfe (del comercio de Gijón).—Muy bien, pero muy bien su artículo probándole á Arimón que se contradice y que *Gervasia* la de Zola y *Teresa* se parecen como una vuelta á la izquierda y una vuelta á la derecha. ¿A que Arimón no le contesta?

Al doctor Pulimentado (copropietario).—Latet Bremonensis crotalus...

Al crotalus Bremonensis (copropietario).—El doctor no hace más que latir...

A Moya.—Así como Sagasta explicó la crisis... bebiendo vasos de agua, usted podría explicarme (pero no lo necesito) por qué después de solicitar mi colaboración años y años, sin decirme que *la deje*, se deja de publicar mis cuentos... y se publican esas cosas de Arimón y de Blasco *contra mí*. Usted, querido amigo, no tiene culpa de nada. Nuestra amistad está por encima de todas esas miserias. Y de otras más dolorosas

A Eusebio Blasco.—¿Se acuerda usted de las perrerías que me dijo de la crítica, aquella noche que le pagué aquella copa? Y, sin esperar un *sextercio*, como usted decía, ¿se pasa al moro? Y otra cosa, ¿tan poco europeo cree usted que soy yo? Lea, sin ir más lejos, el último número de la *Revue de Deux Mondes*. Con gente como usted hay que darse tono. De modo... que ¿vuelvo á las andadas? Bueno Los *sextercios* no faltarán. ¡Incantol! ¡Mal calculador! ¡Rosa amarilla!

Al público.—Teresa se vende á peseta. Hagan ustedes el favor de comprarla; para que me digan si tengo yo razón cuando creo que no es un disparate, ni menos una mala acción, como quiere dar á entender cierta gente. Tiene defectos, literarios unos, de inexperiencia teatral muchos, pero no es un desatino ni una falta de educación, como querían demostrar á gritos ciertos espectadores la noche del estreno.

Cuando publique mis obras completas, al lado de *La Regenta*, *Pipí*, *El Señor*, *Su único hijo*, *Doña Berta*, que han merecido al público, al gran público, dentro y fuera de España, algo mejor que silbidos, irá *Teresa*, sin avergonzarse; segura de llevar dentro de sí, si no aquella *perla*, que sería María Guerrero si no aquella *delicadeza*, de que hablaba Lucinda Simoes, una *vibración de realidad* sentida y creo que expresada; un *pedazo* de la verdad de un corazón que, más orgulloso que el *intelecto*, no se rebaja á discutir con ciertas gentes; pero sí se entrega confiado á las almas nobles que, sabias, ó de sencillez inculta, juzgan y sienten con algo mejor que la venganza, el encono, la estupidez ó la envidia.

Clarín

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



MARCA

REGISTRADA

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1895.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.—Teléfono núm. 934.